



LA PATRONA

CUANDO mis padres decidieron que yo fuese á París, para ser abogado, entablaron largas discusiones acerca de cada punto. Me habían señalado una pensión de 2.500 francos; pero mi pobre madre fué presa de un temor que hizo presente á mi padre. «¿Y si derrocha el dinero malamente y no se alimenta bien? Su salud podría quebrantarse. Los jóvenes son capaces de todo.»

Entonces decidieron buscarme una casa de huéspedes, modesta y confortable, que mi familia pagaría directamente cada mes.

Yo no había salido nunca de mi pueblo. Deseaba todo lo que desean los jóvenes, y estaba dispuesto á vivir alegremente; á gozar por todos los medios posibles.

Unos vecinos, á quienes mis padres consultaron, hicieron indicaciones favorables acerca de una

compatriota, la señora Kergaran, que vivía en París y admitía huéspedes. Mi padre arregló el asunto por cartas, y una tardé, acompañado de mi maleta, llegué á casa de aquella respetable señora.

La cual tenía cerca de cuarenta años; era robusta y maciza, y hablaba en tono de capitán instructor, decidiendo todos los asuntos con una palabra, terminante, definitiva. Su residencia, muy angosta, no teniendo más hueco á la calle que una sola ventana en cada piso, parecía una escalera con ventanas, ó mejor aún, una loncha de casa, dispuesta como un emparedado entre las dos casas vecinas.

La patrona vivía en el primer piso con su criada; guisaban y comíamos en el segundo; cuatro huéspedes bretones ocupaban el tercero y el cuarto, y yo me instalé solo en las dos habitaciones del quinto.

Una escalerilla oscura, enroscada como un sacacorchos, conducía á mi vivienda. A todas horas y sin descanso, la señora Kergaran subía y bajaba por aquella espiral, disponiendo aquel domicilio enfilado, como un capitán de buque sus maniobras. Entraba diez veces consecutivas en cada habitación, cuidaba de todo con estruendosas órdenes,

miraba si las camas quedaron bien hechas, si los trajes estaban bien cepillados, si el servicio dejaba cosa que desear. En fin, atendía constantemente á sus pupilos como una madre; más que una madre.

Pronto entablé relaciones con mis cuatro compatriotas. Dos estudiaban la carrera de medicina; los otros dos la de derecho, y los cuatro padecían el yugo despótico de la patrona. La temían tanto como temen los merodeadores á los guardas rurales.

Yo sentí desde luego ardientes deseos de independencia, porque soy por temperamento un indisciplinado. Manifesté que me retiraría por la noche á la hora que tuviese por conveniente, sin atender á las exigencias de la señora Kergaran, que había fijado las doce como límite. A esta pretensión mía, contestó ella clavando en mí sus ojos claros y penetrantes:

—No es posible; no puedo tolerar que la criada no descansa ni de noche; usted no tiene que hacer nada en la calle después de cierta hora.

Repliqué tranquilamente:

—Con arreglo á la ley, señora, viviendo yo aquí, está usted obligada á abrirme cuando venga. Si

usted no lo hace alguna vez, lo haré constar avisando á la pareja, y dormiré aquella noche en una fonda que usted pagará. Es mi derecho. No queda más recurso que dejarme la puerta franca ó despedirme. Ya lo sabe usted; elija.

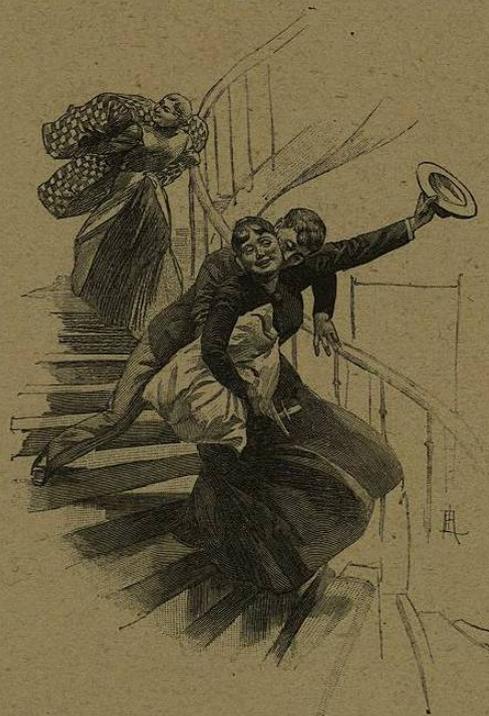
Yo sentaba estas condiciones riéndome de su bravura. Ella, pasado el primer asombro, quiso parlamentar; pero no admití réplicas y se conformó. Convinimos en que me daría una llave, pero á condición de que no habían de saberlo nunca los demás huéspedes.

Mi energía hizo buen efecto á la patrona, que me distinguió más en adelante. Atendíame con delicadezas y esmero no acostumbrados, y hasta me trataba con una especie de ternura brusca que no me desagradó. Algunas veces, en mi ratos de ocio y expansión, la besaba furtivamente, cogiéndola por sorpresa, nada más que para verla revolverse amenazadora. Cuando me quedaba tiempo de bajar la cabeza rápidamente, su mano pasaba sobre mí con la violencia de una bala, y escapando, yo reía como un loco mientras ella gritaba:

—¡Tunante, más que tunante! ¡Ya me las pagará!
Y acabamos por ser buenos amigos.

Pero conocí en la calle una muchacha, dependiente de un almacén.

De sobra se sabe lo que son esos amoríos de



París. Un día, yendo á clase, tropecé con una joven, sin nada á la cabeza, que se paseaba del brazo de una amiga antes de entrar en el taller. Cambiamos

una mirada, y sentí el estremecimiento que producen los ojos de ciertas mujeres. Esas rápidas simpatías físicas que se manifiestan de pronto en un primer encuentro; esa ligera y delicada seducción que se siente de improviso en presencia de un ser nacido para agradarnos y para que nos corresponda, constituyen los mayores placeres de nuestra vida. ¿Será un amor grande ó un amor pasajero? ¡Qué importa! El caso es que dos naturalezas respondan á un solo amor en un instante. Apenas descubrimos aquel rostro, aquella boca, aquellos ojos, aquella sonrisa, sentimos un encanto delicioso, un goce que penetra en nuestro ser, un dulce bienestar, la revelación pronta de una ternura vaga que nos conduce hacia la seductora desconocida. Como si hubiera en su carne un atractivo que arrastrase nuestra carne, una voz á la que hubiésemos de responder solícitos; como si desde tiempo inmemorial conociéramos á la desconocida; como si hasta supiésemos lo que siente, lo que piensa.

A la mañana siguiente, á la misma hora, pasé por la misma calle. La vi otra vez. Igual durante una semana, y al fin hablamos. El amorío sigue su proceso regular como una enfermedad.

Así, al cabo de un mes, había llegado con Emma al período que precede á la caída y ésta hubiera tenido lugar mucho antes, si hallara yo un sitio oportuno donde provocarla. Mi amiga vivía en familia y se negaba enérgicamente á entrar en una casa sospechosa ni en una posada. Yo me devanaba los sesos buscando un medio, un engaño, una ocasión; al fin tomé un partido extremo y decidí llevarla á mi casa una noche á eso de las once, con pretexto de que tomáramos juntos una taza de te. La señora Kergaran se acostaba todos los días á las diez. Podíamos entrar, por consiguiente, con mi llave, sin despertar ninguna sospecha, mientras no hiciéramos ruido, y salir de igual modo al cabo de una ó dos horas.

Emma aceptó mi convite después de hacerse rogar mucho.

Pasé todo el día inquieto, intranquilo, temiendo complicaciones, catástrofes, un espantoso escándalo. Llegó la noche. Salí de casa y entré en una cervecería para tomar dos tazas de café y cuatro copas que me infundieron algún valor. Luego fui á pasearme por el boulevard Saint-Michel. Oí las diez, las diez y media, y me dirigí pausadamente hacia

el lugar de la cita. Ella me aguardaba ya; se apoyó en mi brazo, y muy amarteladitos nos encaminamos hacia mi casa. A medida que íbamos estando más cerca, mi angustia aumentaba. «Mientras la señora Kergeran esté acostada ya, no será malo», pensé, y dije á Emma repetidas veces:

—Sobre todo, no hagas ruido en la escalera.

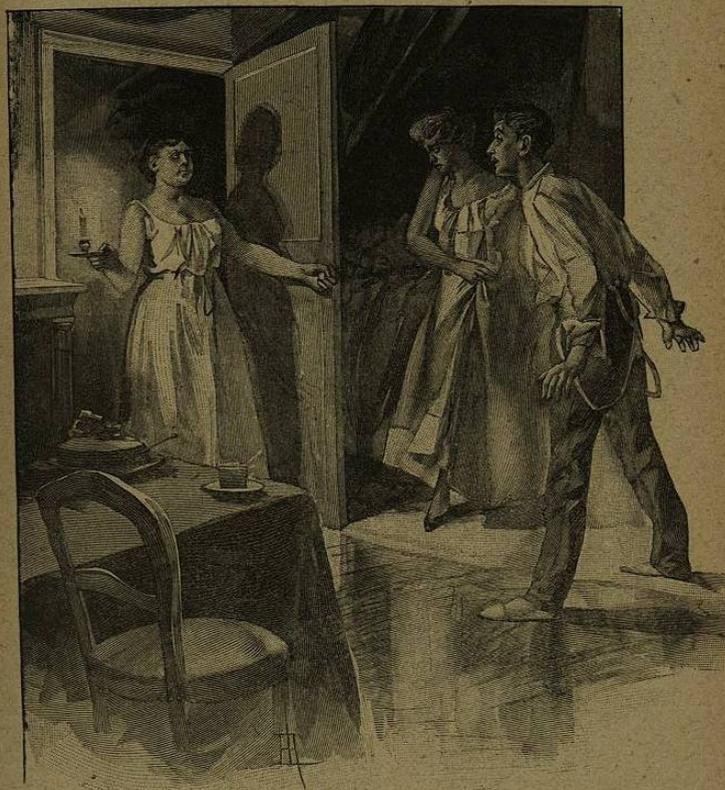
—¿Tienes miedo que nos oigan? — preguntó riendo.

—No. Pero sentiría despertar á mi vecino, que está muy enfermo.

Llegamos á la calle de Saints-Péres. Me acerqué á mi casa, con la misma aprensión que sentimos acercándonos á la de un dentista. No se veía luz. Sin duda ya dormían todos. Respiré. Abrí la puerta con precauciones de ratero, y cuando hubo entrado mi compañera, volví á cerrar. Subimos de puntillas y conteniendo la respiración; encendí un fósforo para que la muchacha no tropezase.

Al pasar frente al cuarto de la patrona mi corazón latía con violencia. Llegamos al fin al segundo piso, al tercero y al cuarto; ya estábamos en el quinto, en mi habitación. ¡Victoria! ¡Victoria!

Sin embargo, sólo me atreví á hablar en voz baja



y me quité las botas para no hacer ningún ruido. Tomamos el te, preparado en un hornillito de alcohol sobre la cómoda. Luego, impaciente, poco á

poco, jugueteando, fui quitándole á mi amiga el vestido; ella se defendía resistiendo, colorada, confusa, retardando lo más posible el instante fatal y agradable.

Casi estaba desnuda, cuando la puerta se abrió de golpe y la señora Kergaran apareció, con una palmatoria en la mano y sin más ropa que la que le había quedado á Emma para cubrir sus carnes.

Retrocedí espantado y me quedé confuso viendo las dos mujeres que se contemplaban frente á frente. ¿Qué sucedería?

La patrona dijo con altivez:

—Yo no quiero mujerzuelas en mi casa, señor Kervelen.

—Pero señora Kergaran—murmuré—, la señorita es una amiga que ha venido á tomar una taza de te.

La jamona insistió en el mismo tono que antes:

—No es costumbre quedarse en camisa para tomar una taza de te. Haga usted que su amiga se vista y salga de aquí lo más pronto posible.

Emma, consternada, comenzó á llorar, cubriéndose el rostro con la chambra. Yo no sabía qué hacer ni qué decir. La patrona, con irresistible autoridad, añadió:

—Ayúdela usted, y acompáñela inmediatamente hasta la calle.

Como yo no tenía otra cosa que hacer, recogí la ropa que, habiendo caído en redondo sobre el suelo, parecía un globo reventado, y esforcéme, con dificultades infinitas, ajustándola y abrochándola. Emma me ayudaba, llorando, confundiéndose, equivocándose al enlazar los cordones y abrochar los ojales, y la señora Kergaran, impasible, de pie, con su bujía en la mano, alumbraba, manteniendo una actitud severa.

Emma precipitaba sus movimientos, furiosamente agujoneada por un imperioso deseo de huir, y apenas se hubo calzado las botas, corrió á la escalera pasando por delante de la patrona. Yo la seguí en chancletas, y en mangas de camisa, repitiendo:

—Señorita, óigame, señorita...

Comprendí que ya era indispensable decirle algo y no sabía qué decir. Alcancéla junto á la puerta de la calle y quise besarla, pero me rechazó violentamente, balbuceando con voz enronquecida y nerviosa.

—Déjeme usted, déjeme usted; no me toque.

Y abriendo la puerta escapó.

Subí. La señora Kergaran me aguardaba en el primer piso; yo estaba dispuesto á todo. Ella me hizo entrar en su cuarto diciéndome severamente:

—Quiero hablar con usted, señor Kervelen.

Pasé con la cabeza gacha. Ella dejó la palmatoria sobre la chimenea, y cruzando los brazos sobre su abultado pecho, mal cubierto por una transparente camisa blanca, dijo:

—De manera, señor Kervelen, que usted ha tomado mi casa por una casa pública.

Yo me sentí humillado y murmuré:

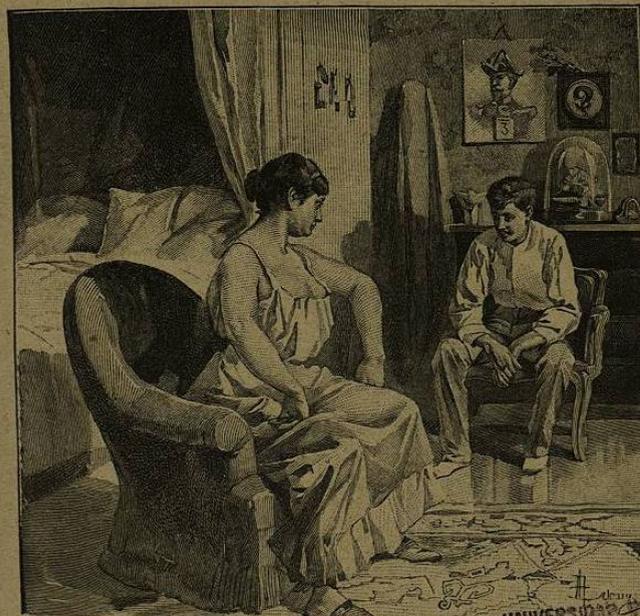
—No, señora Kergaran; hace usted mal en enfadarse; ya sabe usted: ¡cosas de gente moza!

Ella insistió dignamente:

—Sólo sé que no quiero mujerzuelas en mi casa y quiero que usted sepa que por todos los medios y en todas las circunstancias, haré respetar las honradas costumbres y la buena reputación de mi domicilio. Sólo sé...

Habló veinte minutos por lo menos, acumulando razones y más razones, indignándose, protestando de mi abuso y echándome á la cara mil reproches.

Yo (el hombre es un terrible animal), en vez de atenderla, la miraba, y no oía ni una palabra, ni



una sola palabra. La señora Kergaran tenía un hermoso pecho, abultado, blanco y duro; acaso con exceso abultado, pero tentador, muy tentador; yo no hubiera creído jamás que se ocultaran tales bellezas bajo el vestido de lana de la patrona. En

UNIVERSIDAD DE MONTELEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apo. 1928 MONTELEÓN, MEX.

camisa parecía tener diez años menos. Y me sentí alegre y exaltado. Recobré bruscamente mis energías amortiguadas quince minutos antes en mi cuarto. Vi detrás de la jamona su cama entreabierta y aplastada, mostrando el hoyo que había formado el peso de su cuerpo en los colchones. Imaginé que allí se disfrutaría de un calor más agradable que en mi cama. ¿Por qué razón? Lo ignoro; acaso por la opulencia de las carnes que allí reposaban.

¿Hay algo más perturbador que un lecho en desorden? Aquél me embriagaba y hacía correr por mi piel estremecimientos voluptuosos.

La señora Kergaran seguía sermoneando, pero ya dulcemente; hablaba como una consejera bienhechora que desea perdonar. Yo murmuré:

—Veamos, veamos, amiga mía, veamos...

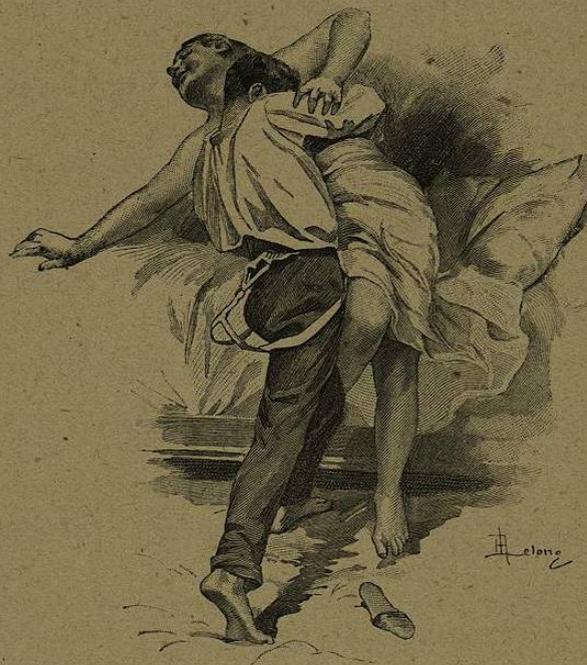
Y mientras ella callaba para oír mi respuesta, la cogí entre mis brazos y la besé como un hambriento, como un hombre que al fin encuentra la ocasión ansiada.

Ella se defendía, pero sin enfadarse mucho, repitiendo maquinalmente:

—¡Oh! tunante, qué tunante, que tun...

No pudo acabar la palabra. Alzándola en mis

brazos la llevaba oprimida contra mí. Se tiene mu-



cha fuerza, mucho vigor en ciertos momentos. Llegando á la cama la tumbé sin soltarla.

* * *

Efectivamente, se disfrutaba de un calor muy